

Al día siguiente recogía del mismo sitio la contestación, valiéndole tan largos paseos, y sobre todo el agrado con que prestaba su servicio, alguna cajetilla del estanco que Pepe le daba, y á veces un café con media tostada, que le hacia relamerse de gusto.



X

El cariño de la enamorada pareja y la angustiosa situación de Pepe crecieron á la par. El importe de la jubilación de Don José, el fruto del trabajo de su hijo, lo poco que Leocadia ganaba bordando y lo que procuraba ahorrar Doña Manuela, todo se invertía en médico y botica. Así llegó el invierno de 1872 y aquella triste cena de Noche Buena, en que se habló de la próxima venida de Tirso y en que, después de irse Millán, ya acostado el pobre viejo, trataron los hijos y la madre de lo que convenia hacer, sin llegar á resolver nada, porque la común abnegación no producía una miserable moneda de cobre.

A la semana siguiente la situación se agravó con la noticia de que llegaba Tirso:

la carta en que éste lo anunció no debía precederle sino dos días. Pepe escribió á su novia de esta suerte, mezclando con las frases de amor el recelo que le inspiraba aquel hermano desconocido:

“Adorada Paz:

Tienes razón: Aunque nos vemos casi diariamente, son tan pocas las ocasiones en que podemos hablar con libertad, que por fuerza han de ser nuestras cartas largas y frecuentes. Las cosas que te escribo quisiera decírtelas: lo que no te conmoverá leído, mis palabras te lo llevarían al alma en fuerza de sinceridad. Pero comprendo que no hay remedio, y aun temo que estas dificultades de ahora no sean sino anuncio de otras mayores: créeme, nuestro cariño ha de costarnos muchas lágrimas. Será todo lo romántico que quieras, y es opuesto á mi modo de pensar hablar en tono amargo de ciertas cosas; pero yo, que de todas las preocupaciones me río, he venido á estrellarme contra una de las más poderosas. La distancia que nos separa no sería mayor si tú fueses reina y yo lacayo, como los personajes de aquel drama francés que estabas leyendo la otra tarde. La situa-

ción de mi familia, nuestra pobreza, todo lo que me estorba para abrirme camino en la vida, me separa de ti. Tu padre ocupa una posición envidiable: ¿cómo quieres que dé su hija á un hombre que ha tenido que abandonar la carrera por falta de unos cuantos duros al año para libros y matrículas?

Pero un día de vida, es vida. Yo no renunciaré jamás á tí, no te diré nunca que me dejes, y cuando seas tú quien me diga que no debemos volver á vernos, callaré, porque tendrás razón. Parece que yo, burlón y descreído, sin preocupaciones, vengo á estrellarme contra el obstáculo más risible, pero más fuerte: contra las *conveniencias sociales*. Desengáñate, nuestro amor tiene que ser una novela muy corta, ridícula para contada, triste para nosotros, únicos que hemos de tomarla en serio. ¿Hasta cuándo durará esto? ¿Quién se cansará antes? ¿Tú de esperarme? ¿Yo de amarte? Quien no se fatigará jamás será el tiempo, que pasará haciéndote cada día más buena y más hermosa, quizá más rica, y á mí más desgraciado y pobre. No imagines que deseo romper nuestras relaciones: saber que me quieres, recibir una carta en que me hablas de tu cariño, oírte alguna vez que me recuer-

das cuando sufres y que te falta algo en los goces por no tenerme al lado, son cosas que me llegan al alma y me dejan orgulloso de mí mismo. ¡Si supieras de qué modo te las paga mi corazón! ¡Si pudieses leerme los pensamientos, adivinarme las ideas, esconderte entre los caprichos de mis sueños!..... Pero quiero que, al mismo tiempo que de mi amor, estés persuadida de mi lealtad. Antes que se lo oigas á tu padre, quiero ser yo quien te lo diga. ¿Qué porvenir puedo ofrecerte? Nó, yo no te dejaré nunca; y si llegas á ser algún día más juiciosa ó más interesada, no te echaré maldiciones de comedia, sino que me separaré de tí resignado, queriéndote como te quiero ahora y guardando en lo mejor de la memoria el recuerdo del amor que me hayas tenido. Jamás te arrojaré en cara falta de energía, ni desfallecimiento de constancia. ¡Es tan natural que me olvides! Harto has hecho con empezar á quererme, aunque luego te pese.

¿Cuántas veces te habré dicho todo esto? No te sorprenda, porque obedece á mi idea fija, á mi cavilación constante. Vamos, no concibo el fundamento de tu amor, yo te amo por lo buena, por lo hermosísima que

eres. Pero tú, ¿porqué me quieres? Soy extraño á cuanto te rodea, vives en una atmósfera de lujo que casi desconozco, como yo vivo entre privaciones que tú no puedes calcular, y ojalá te sean siempre ajenas; el menor de tus caprichos no podría yo satisfacerlo con muchas semanas de trabajo; las gentes que te hablan han de usar un lenguaje hasta despreciativo para las que están en situación análoga á la mía; si entraras en casa de mis padres y vieses estas paredes, estos muebles, dudarías si ofrecer dinero por lástima ó disimular lo que notares, por imaginar que podías ofendernos señalando tanta escasez: y, á pesar de todo, dices que el mejor sitio de tu corazón es para mi cariño, y me has enseñado cartas mías con mi nombre borrado con tus besos. ¡Bendita seas! Nó, no me dejes, ni tengas nunca juicio, si el tenerlo ha de consistir en olvidarme; ni pienses en el porvenir, que yo tampoco pienso, sino que te adoro con toda mi alma.

Ahora, como nada te oculto, quiero que sepas lo que ocurre en casa. Mi hermano Tirso, el cura, el que se ha educado y ha vivido siempre alejado de nosotros, debe llegar pasado mañana. Ignoramos el motivo de su ve-

nida; ni palabra sabemos de sus propósitos, nada nos ha dicho. Hace poco tiempo escribió que tal vez tuviera que hacer un viaje á Madrid: luego lo dió por cosa segura, ahora anuncia que llega. Mis padres, como es natural, se alegran; en Leocadia y tu Pepe, si he de ser franco, el sentimiento que domina es el de la curiosidad. Sólo hemos visto á Tirso una ó dos veces, siendo muy pequeños, y dentro de pocas horas vamos á tenerle aquí. Iré á buscarle á la estación y le conoceré por los hábitos; si no, tendrían que decirme: "ese es." ¡Estaría gracioso que bajaran al mismo tiempo del *vagón* dos curas jóvenes! con esto, comprenderás que tengo motivos para estar preocupado. ¿Cuál será la situación de mi hermano? ¿Qué le habrá pasado? Si su posición es desahoga la, menos mal; y no le digo por que me ahorre trabajo; pero, ¡y si viene tan pobre como nosotros? Seremos cinco en lugar de cuatro los que hayamos de vivir mal. ¿Por qué habrá dejado su curato?

Quizá venga á pretender algo; mas de ser así, ¿por qué no consultarlo antes con nuestro padre? Tú, que conoces mi modo de pensar, aunque no por completo, comprenderás que abrigue ciertos temores. Tirso es cura,

y en esta casa hay muy poca devoción. Mi padre nunca habla de eso; mamá, con cuidado nos, tiene bastante; á Leocadia le gustá ir á la iglesia cuando hay grandes fiestas, á falta de otras más divertidas pero más costosas que le están vedadas; y en cuanto á mí.... callo: no quiero que me llames herejote. En fin, estoy tranquilo.

Basta por hoy; no te quejarás de que escribo poco.

Está con cuidado, porque mañana, si puedo, iré á ver si tiene tu padre algo que mandarme.

Tuyo siempre,

PEPE"

La carta que, en contestación á ésta, halló Pateta al dia siguiente bajo las baldosas inseguras del horno de la estufa, decía:

"Querido Pepe mío:

Por Dios te pido que no me atormentes así. Te lo he dicho mil y mil veces. Te quiero por que sí, porque creo que eres el mejor de

los hombres, y no me preguntes más. ¿No sueles decir que mi padre no me ha educado como á las otras mujeres? Pues eso será. Si tuvieses una gran fortuna, acaso habia mayor facilidad para que fuéramos uno de otro; pero te querría igual que ahora, no podría darte ni una hilacha más de cariño. Conque no me vengas con tristezas ni tontunas, ni vuelvas á decir que te deje, ni que si te dejaso te aguantarás. Si lo piensas, es porque no me quieres. ¿Soy rica? Pues mejor. Ya saldrás de pobre, y si no, yo lo mismo te he de querer, con tal de que tú no mires á ninguna otra mujer. ¿Lo entiendes? Es la único que no te perdonaría nunca. Quedamos en que no volverás á las andadas ni me escribirás majaderías: no merecen otro nombre las cosas que dices. Mi padre podrá no dejarme casar contigo; pero, ¿casarme con otro? ¡Eso sí que no! Lo que es de esto te responde tu Paz. Vamos, yo no entiendo esas *sublimidades* tuyas de sacrificios y tonterías. No he pensado, ni pienso, ni pensaré jamás en dejarte por nada de este mundo. ¿Lo sabes? Yo, que tantos libros he leído de los que tiene mi padre, me acuerdo de que don Quijote dice que todos los caballeros andantes llevaban en el escudo un

letrero. Bueno, pues tú y yo somos dos caballeros andantes con este letrero: *cariño paciencia*. ¿Te gusta? Pues á calar y no perdamos el tiempo en augurios tristes. Aseguran las gentes que quien espera desespera: no importa. Yo me conformo con que me ames mucho. Me parece que esto no tiene nada que ver con las *conveniencias sociales*, con la humildad de tu casa, ni con tu amargura. Si me quisieses igual que yo á tí, no exigirías más. ¿Crees que me van á meter monja ó á casar por fuerza con algún príncipe de cuento de hadas! ¿Soy yo tonta? ¡Ya verás, ya verás, cuando te conozca mi padre como te conozco yo!

Respecto á la venida de tu hermano, nada puedo decirte, pero se me figura que todo lo ves negro. Hasta que no sepas cuál es su situación, no hay porque apurarse. Si viniera á pretender, debias atreverte á pedir á papá que le recomendase á alguien. Te enfadará si te digo que tus temores me parecen tontos? ¡Ha de ser malo porque es cura? Indudablemente, esto es lo que se te ha ocurrido. En verdad, la cosa era rara, ser tan grandes los hermanos y no conocerse, pero ya verás cómo

mo no tenéis por eso disgustos. Y si los sufres, yo te querré un poquito más, para que nada pierdas.

Adiós, tristón mío. No te olvida nunca tu

PAZ."



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

El seguir Tirso la carrera eclesiástica, fué una de esas cosas graves que en la vida del hombre se resuelven rápidamente y con escasa intervención del interesado.

Aquél Don Tadeo, amigo de su padre, que por pagar una deuda de gratitud se hizo primero cargo de la educación y luego del porvenir del chico, era honrado y bueno, pero fanático en opiniones políticas y creencias religiosas. Su exceso de fe y de realismo era sincero, é indiscutible su influencia y prestigio entre los partidarios de la legitimidad y la gente de iglesia en la región que habitaba. Durante largos períodos, en los que mandó el partido moderado, conservó Don Tadeo su destino en la Hacienda de la provincia y fué